

Sesenta años de política de colonización en la España agraria

Durante décadas los dos grandes problemas de los regeneracionistas españoles fueron la falta de agua y la carencia de escuelas. Ciertamente, en apenas seis años, la República edificó más de 25 mil nuevas escuelas; pero es también cierto que desde la Ley de Colonización Interior de 1907 hasta el Plan Nacional de Obras Hidráulicas, en 1934, las propuestas arquitectónicas para los poblados de colonización, apoyándose en la labor desarrollada por las distintas confederaciones hidrográficas, reflejan cuál fue el debate sobre arquitectura y ciudad mantenido durante el primer tercio de siglo. Porque si en principio los nuevos poblados se concibieron desde la nostálgica referencia a una imprecisa arquitectura popular, durante la República las propuestas para los poblados de colonización en las cuencas del Guadalquivir y el Guadalmellato se plantearon -tanto por Eduardo Torroja y su equipo como por un jovencísimo Fernando de la Cuadra- desde

supuestos próximos a los desarrollados en Centroeuropa por quienes -como May en Frankfurt o Ginzburg en URSS- buscaban no la estandarización sino la industrialización, solución que posibilitara la construcción a menor costo de un importante número de viviendas económicas. Lo que ni Torroja ni de la Cuadra pudieron imaginar es que la Guerra Civil daría al traste con aquella experiencia: a partir de 1936 la política agraria se planteó desde criterios bien diferentes. Si con Indalecio Prieto, en los años de la República, el Plan Nacional de Obras Hidráulicas buscó reactivar una economía dañada por la recesión de 1929, en 1939 -destruida la industria tras la Guerra- la alternativa fue la opción autárquica: lo que supuso retomar la colonización interior.

Creado el Instituto Nacional de Colonización en 1939, se abrió así una tercera opción, distinta en sus planteamientos tanto a la establecida tras la aprobación de la Ley de 1907 como diferente a las propuestas formuladas en los años de la República: dirigida la Sección de Arquitectura del INC por Tamés, entiendo -a riesgo de equivocarme- que sus directrices y pautas fueron impuestas por Pedro Bidagor, responsable no sólo de los criterios arquitectónico-urbanísticos presentes en el “Gran Madrid” sino también de las pautas desarrolladas por el Instituto Nacional de la Vivienda o por Regiones Devastadas. Desde la referencia (y repito aquí lo que él tantas veces me repitiera) al concurso para el Guadalquivir y Guadalmellato, Bidagor condicionó tanto la forma del poblado (germánico de

formación interesaría comparar los poblados del INC en la primera Posguerra con las propuestas alemanas difundidas por Feder) como obligó a integrar en estos los “centro cívicos” que aparecían en las propuestas italianas del Agropontino al tiempo que asumió -en la construcción de viviendas- la normalización y estandarización de elementos pertenecientes a la arquitectura popular.

Durante casi diez años INC, DGRD y INV desarrollaron su labor coordinados por una misma persona y aplicando esquemas más que próximos: sólo en 1949, cuando la política autárquica fracasa y el hambre obliga a emigrar a las grandes poblaciones, es cuando se cuestiona el diseño de los núcleos agrícolas, aplicándose a estos los criterios de modernidad funcional presentes tanto en los poblados de absorción, mínimos o dirigidos que se construyen en Madrid como en las barcelonesas viviendas que, en 1953, se inauguran con motivo del Congreso Mariano. Se produce así un quiebro frente a las pautas esbozadas por Bidagor, quiebro que se refleja en nuevas preocupaciones: y es así como temas tales como “la integración de las artes” o la “repetición” serán asumidos por de la Sota, Fernández del Amo, Cavestany o Corrales.

Aquel fue el gran momento del INC y sus proyectos han sido reiteradamente estudiados: pero pocas veces se ha comentado la labor que un pequeño grupo de jóvenes profesionales llevó a cabo, a comienzos de los años 60, y que cabría valorar como el tercer gran momento de la arquitectura de colonización. Porque

alejándose de las pautas esbozadas en Esquivel, Vegaviana o Llanos del Sotillo, la más joven generación compuesta -entre otros- por Fernández Alba, Terán o López Morales valoraron (como se advierte en Sacramento, El Priorato o Setefilla) los poblados de colonización de acuerdo con los núcleos anglosajones concebidos en aquellos años.

Quien se aproxime pues al estudio de los núcleos de colonización en España, entre los comienzos del siglo XX y mediados de la década de los 60, tendrá ante sí otra historia de la arquitectura española; otra historia que, desde referencias distintas y desde preocupaciones alternativas, expresa -de forma brillante y singular- un relato que tiene muchos comienzos y ningún final. Porque entendida la historia como un relato contado por un narrador-espectador que descubre su sentido, contar historias revela el significado de lo que sucedió sin cometer el error de definirlo. Y, citando a Arendt, entendemos como *“...cuando aparece un acontecimiento lo suficientemente importante como para iluminar su propio pasado, aparece la historia. Sólo entonces emerge la masa caótica de hechos pasados como relato susceptible de ser contado, por cuanto tiene principio y fin. Y lo que el historiador llama fin, el fin de una época, de una tradición o de una civilización, es un nuevo comienzo para los que están vivos”*.

Sixty years of colonization policy in agrarian Spain

For decades the two great problems facing Spanish regenerationists were the lack of water and the shortage of schools. While it is true that the Republic built over 25 thousand new schools in scarcely six years, it is equally true that from the Rural Colonization Law of 1907 through to the National Plan for Hydraulic Works of 1934 the debate regarding architecture and urban development conducted during the first third of the 20th century was reflected chiefly in the architectural proposals for colonization villages, which were in turn based on the work being done by different water authorities. Although at the beginning new villages were inspired by vaguely nostalgic notions of popular architecture, the proposals made during the Second Republic for colonization villages in the Guadalquivir and Guadalmellato basins – both by Eduardo Torroja and his team and by a very young Fernando de la Cuadra – were very much influenced by those projects implemented in Central Europe by figures such as May, in Frankfurt, or Ginzburg, in the Soviet Union, who sought industrialization rather than standardization as a solution which would enable large numbers of cheap homes to be built at a lower cost. But neither Torroja nor de la Cuadra could have imagined that the Spanish Civil War would bring all their initiatives to a standstill: from

1936 agrarian policy was addressed with very different criteria. During the years of the Republic, Indalecio Prieto's National Plan for Hydraulic Works had as its objective the rejuvenation of an economy still suffering from the effects of the recession of 1929, but by 1939 Spain's industry had been destroyed by three years of war and the only alternative was self sufficiency: and that meant a return to rural colonization.

The creation of the Instituto Nacional de Colonización (INC – National Institute for Colonization) in 1939 opened the door to a third alternative, which differed in its approach from both the process initiated following the approval of the 1907 Law and the proposals put forward during the Republic. The head of the Architectural Section of the INC was Tamés, although I understand – perhaps mistakenly – that his directives and guidelines were imposed by Pedro Bidagor, responsible not only for the architectural-urban planning criteria observed in “Greater Madrid” but also for the procedures adopted in the Instituto Nacional de la Vivienda (INV - National Institute for Housing) and in Spain's Disaster Relief Service. From site identification through to invitation to tender, Bidagor (as he himself told me on so many occasions) both stipulated the form the villages should take (it would be interesting to compare the German style of the INC villages built in the early Post Civil War years with the proposals put forward by Feder) and made it obligatory to include therein “civic areas” like those seen in projects being executed in Italy's Agropontino. He also encouraged the homogenization and standardization of elements taken from popular architecture in the construction of new housing.

For almost ten years the INC, the Disaster Relief Service and the INV were coordinated by one and the same person and shared very similar operational procedures: only in 1949, when the self sufficiency policy failed and hunger forced entire populations to emigrate, was the design of agricultural settlements scrutinised in any detail. From then on they were projected in accordance with the same criteria of functional modernity as those which governed the building of the minimal, directed absorption settlements known as Poblados Dirigidos in Madrid and the housing inaugurated in

Barcelona in 1953 for the Marian Congress. This represented a break with the guidelines established by Bidagor, and this break in turn produced a whole new series of concerns: architects like de la Sota, Fernández del Amo, Cavestany and Corrales began actively to consider aspects such as “the integration of the arts” and “repetition”.

This was the culminating moment of the INC and its projects have been analysed on numerous occasions: but little attention has thus far been paid to the work of a small group of young professionals in the early 1960s which might well be considered the third great moment of colonization architecture. This young generation, which included names like Fernández Alba, Terán and López Morales, turned away from the pattern followed in Esquivel, Vegaviana and Llanos del Sotillo and embraced a colonization village model more in line with the villages being designed in Great Britain and the USA at that time. The results can be seen in settlements like Sacramento, El Priorato and Setefilla.

The student of rural colonization villages in Spain between the early 20th century and the mid-1960s therefore has before him/her an alternative history of Spanish architecture; another history which, based on different needs and considerations, brilliantly and uniquely conveys a tale with many beginnings but no end. Because, if history is to be understood as a story told by a narrator-observer who little by little discovers its meaning, then the telling of that story reveals the significance of what happened without falling into the trap of defining it. In the words of Arendt, we believe that “Whenever an event occurs that is great enough to illuminate its own past, history comes into being. Only then does the chaotic maze of past happenings emerge as a story with a beginning and an end, which can be told. And what the historian calls the end, the end of an age, a tradition or a civilization, is the new beginning for all those who are alive”.